

IRÈNE  
NÉMIROVSKY  
CUENTOS COMPLETOS

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE MAURO ARMIÑO



PUNTO  
DE VISTA  
EDITORES

Colección CLÁSICOS, 5

© Edición y traducción del francés, Mauro Armiño, 2023

© Del prólogo, Mauro Armiño, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

**Comunidad  
de Madrid**

Primera edición: noviembre, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Fotografía de cubierta: *Café, Avenue de la Grande-Armée* (1924-25), Eugène Atget. Album / Metropolitan Museum of Art, NY

ISBN: 978-84-127476-0-7 | Thema: FBC | Depósito legal: M-31104-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

PRÓLOGO	9
NOTA DE EDICIÓN	29
BIBLIOGRAFÍA	31
IRÈNE NÉMIROVSKY. CUENTOS COMPLETOS	
<i>Nonoche en la clarividente</i>	37
<i>Una comida en septiembre</i>	44
<i>Natividad</i>	63
<i>Domingo</i>	80
<i>Eco</i>	98
<i>Las orillas felices</i>	102
<i>Los vapores del vino</i>	124
<i>Día de verano</i>	156
<i>El principio y el fin</i>	174
<i>Un amor en peligro</i>	192
<i>Lazos de sangre</i>	201
<i>Fraternidad</i>	246
<i>Epílogo</i>	258
<i>Nacimiento de una revolución</i>	268
<i>Magia</i>	274
<i>Fuimos tan felices</i>	280
<i>Esperanzas</i>	286
<i>La confidencia</i>	308
<i>La mujer de Don Juan</i>	329
<i>La noche en vagón</i>	351

<i>Como niños grandes</i>	368
<i>Debido a las circunstancias</i>	377
<i>Émilie Plater</i>	391
<i>El espectador</i>	400
<i>Aïno</i>	417
<i>El sortilegio</i>	430
<i>... Y todavía lo amo</i>	446
<i>La partida para la fiesta</i>	451
<i>La otra chica</i>	466
<i>El señor Rose</i>	471
<i>El miedo</i>	489
<i>Las cartas</i>	492
<i>Destinos</i>	497
<i>La confidente</i>	510
<i>La desconocida</i>	528
<i>El hombre de bien</i>	534
<i>El desconocido</i>	553
<i>Los espectros</i>	569
<i>La ogresa</i>	584
<i>Aquella noche</i>	599
<i>El amigo y la mujer</i>	604
<i>La ladrona</i>	617
<i>El incendio</i>	629
<i>La Gran Avenida</i>	646
<i>Las vírgenes</i>	655
<i>Un bello matrimonio</i>	669

## Prólogo

Los tiempos cancelan, pero también resucitan la obra de algunos escritores. Ha sido el caso de Irène Némirovsky (1903-1942), olvidada tras el acontecimiento más terrible del siglo xx, la Segunda Guerra Mundial, en el que esta autora de origen ruso establecida en Francia perdió la vida en el campo de concentración de Auschwitz. A la vuelta del siglo siguiente, el éxito de una novela inconclusa pronto llevada al cine, *Suite francesa* (2004), produjo la resurrección de su nombre y del resto de su obra, aparcada por las circunstancias históricas y las secuelas de esa contienda: la literatura y la crítica literaria se adentraron por un terreno, sobre todo político, en el que la obra de Némirovsky no parecía tener cabida. No fue el único caso: el más llamativo quizá sea el de Marcel Proust, que hubo de sufrir más de treinta años de ninguneo cuando no de desprecio y rechazo por la mundanidad y los ambientes de los que dio cuenta, además de por el análisis minucioso de la sensibilidad del protagonista de *A la busca del tiempo perdido*; «resucitó» no gracias a la crítica y al ensayismo literario, sino al trabajo de profesores universitarios que, poco antes de la década de 1950, empezaron a ver en su obra la gran novela del siglo, tanto por sus innovaciones narrativas como por la descripción crítica e irónica de la aristocracia y la alta burguesía que reinaron durante la Belle Époque.

Como veremos más adelante, esas circunstancias históricas y los condicionamientos políticos posteriores a la Segunda Guerra Mundial influyeron de forma decisiva en la apreciación de la obra de Irène Némirovsky, nacida en un momento crucial de comienzos del siglo xx: el 11 de febrero de 1903, en Kiev, una de las cinco ciudades (solo por detrás de San Petersburgo,

Moscú, Varsovia y Odesa) más importantes en ese momento del Zarato ruso (Imperio de los zares); lo que hoy se conoce como Ucrania formaba parte desde 1764 del Imperio ruso. En esa ciudad residía una numerosa población judía, a la que pertenecían sus padres, Leonid Némirovsky y Anna Margoulis, conocida como Fanny o Jeanne. A la familia Margoulis no les satisfizo mucho el marido, «un oscuro judío» que hasta entonces había desempeñado trabajos de escasa importancia —mozo de hotel, dependiente en una fábrica, gerente en un almacén de Odesa, empresario de cerillas—, pero con unas pretensiones financieras que no tardaron en dar fruto: el «oscuro judío» terminó convirtiéndose en un importante banquero que pudo pagar preceptores privados para su hija, además de una institutriz francesa y, ya como burgués acomodado, enviar a toda su familia a pasar temporadas en los lugares de moda más caros de Europa: balnearios (Vichy, Vittel), y veraneos anuales en la Costa Azul (Cannes y Niza) y en la costa vasco-francesa (Biarritz).

Esa infancia dejará huellas profundas para toda la vida en Irène Némirovsky: en primer lugar, sus relaciones con la madre, prácticamente inexistentes, cuando no dolorosas, recorren buena parte de su obra narrativa. Mientras Leonid Némirovsky se concentraba exclusivamente en ganar dinero, Fanny se entregaba a placeres y gustos que pervivirán durante toda su vida: el cuidado corporal, la búsqueda de la belleza física o la lucha contra el envejecimiento que la hará, más adelante, quitarse doce años en documentos oficiales. Leonid corría también con los gastos de los jóvenes amantes de su esposa y de las aspiraciones de esta a una vida de alta sociedad, que no le dejaban tiempo para ocuparse de la hija, testigo en ocasiones de las infidelidades de su madre; hacia ella concebirá un odio «abominable», como escribió en su novela *La enemiga* (1928); odio servido con cruel ironía y distancia en *El baile*, novela corta publicada al año siguiente.<sup>1</sup> Irène se echó en brazos de Mademoiselle Marie, la institutriz francesa,

1 Puede verse mi traducción: *El baile. Las moscas de otoño*, Punto de Vista Editores, Madrid, 2023.

llamada Zezelle: «En mi infancia, ella representaba el refugio, la luz [...]. Solo la amaba a ella en el mundo»; gracias a Zezelle, «hablé francés antes de hablar el ruso». Era el idioma de Descartes el que hablaban las élites de la sociedad rusa, y en el que Irène se dirigirá siempre a una madre que, en sus ínfulas de criatura excepcional y de alta clase, despreciaba todo contacto no solo con la lengua rusa, sino también con la tradición hebraica.

Desde 1913, los Némirovsky residieron en la entonces capital del Imperio, San Petersburgo (rebautizada como Petrogrado en agosto de 1914), adonde volvieron en 1918, desde Moscú, tras comprobar que la Revolución de Octubre de 1917 resultaba más amenazadora y peligrosa en esta última capital. La revolución bolchevique provocó un vuelco en la vida de su padre, que poco antes ya se había convertido en presidente del Banco de Comercio de Vorónezh, y en administrador del Banco de la Unión de Moscú y del Banco Privado de Comercio de San Petersburgo, con buenas relaciones con el poder zarista. Las amenazas del nuevo régimen sobre los negocios y la cabeza de Leonid no tardaron en obligarlos a pasar la frontera y refugiarse en Finlandia, temiendo por su vida y por sus inversiones, sobre todo cuando dos meses más tarde el nuevo gobierno bolchevique declaró monopolio del Estado el sistema bancario. La joven Irène ya había vivido en primera persona un conato prerrevolucionario durante una manifestación de mujeres (23 de febrero de 1917) que concluyó con la ejecución del *dvornik* —el portero— del edificio en que vivían los Némirovsky, y que se convertirá en la materia del relato «Nacimiento de una revolución»: «Solo más tarde comprendí. Fue ese día, fue en ese instante cuando vi nacer la revolución. Había visto el momento en el que el hombre no es despojado todavía de las costumbres y de la compasión humana, en el que todavía no está habitado por el demonio, sino en el que este ya se acerca a él y perturba su alma».<sup>2</sup> Casi en el mismo momento, Irène sufre la primera gran pérdida de su vida: Zezelle, la institutriz francesa convertida en segunda madre, despedida por la familia, se había

2 Véase *infra* «Nacimiento de una revolución», p. 273.

suicidado en San Petersburgo en 1917, en las aguas del río Moika, un pequeño afluente del Neva. En la novela *El vino de la soledad* (1935), Némirovsky la recordará a través del personaje de Mlle. Rose, y trasladará en unas páginas conmovedoras su suicidio.

En su huida, los Némirovsky se instalaron primero en la frontera con Finlandia, pero en abril de 1918 la traspasaron para dirigirse a Helsinki, mientras el nuevo gobierno ruso disolvía los consejos de administración de los bancos. Leonid trató de recuperar lo que podía de sus inversiones financieras. Pasaron por Suecia y llegaron a Ruán (julio de 1919) después un viaje de diez días sin escala, con una espantosa tempestad de la que «debe de haberse acordado en *David Golder*», confesará más tarde en una entrevista de 1930. Se afincaron inmediatamente en París, donde Leonid consiguió recuperar su fortuna a través de la Banque de l'Union. En esta nueva etapa, Irène fue confiada a una institutriz inglesa, Miss Matthews, que la acompañaba a todas partes; esta Miss no solo no le inspiraba el menor afecto, sino que más bien sentía animadversión hacia ella.

Una vez recuperada su fortuna, la familia Némirovsky reanudó su vida de burgueses muy acomodados; las vacaciones en Niza volvieron en 1920, año en el que Irène se matriculó en literatura rusa en la Sorbona y llevaba, al mismo tiempo, una vida alegre de estudiante —bailes en los cabarets de Montmartre («No desprecié en modo alguno los placeres de la juventud; viajé mucho y... bailé mucho», recordará en una entrevista de 1935), viajes con amigos al Touquet, a San Juan de Luz, a Hendaya...—, siempre acompañada, eso sí, por Miss Matthews. Si al principio de su instalación en París frecuentó los círculos de los numerosos exiliados rusos en París, ya en los festejos de Año Nuevo del Círculo ruso se declaró en carta a una amiga como «desplazada, casi extranjera».

Gracias a su padre, en 1923 se instaló, sola, en un piso de la calle Boissière, donde tuvo por vecino a Henri de Régnier (1864-1936), poeta, narrador y crítico cercano al simbolismo, con el que mantuvo relaciones amistosas, aunque a veces el poeta francés



se quejara del ruido de las fiestas que Némirovsky organizaba. Durante ese periodo de juventud, además de conseguir en 1924 su certificado de estudios superiores en literatura comparada, publicó en revistas los textos «Nonoche en la clarividente» y «La Njanja», la cual puede considerarse como un esbozo de su novela corta titulada *Las moscas de otoño*.

Irène compaginó esas fiestas y estudios con un matrimonio: poco antes de terminar de redactar en 1925 la primera versión de *David Golder*, conoció en una fiesta de Año Nuevo a Michel Epstein (1896-1942), otro exiliado ruso natural de Moscú, ingeniero de profesión pero que trabajaba como empleado de banca, y cuyo padre, financiero, figura, lo mismo que Leonid Némirovsky, en el comité de bancos rusos en el exilio. El 31 de julio de 1926, tras la ceremonia religiosa en la sinagoga, Michel e Irène celebraron su matrimonio civil en la alcaldía del distrito XVI parisino. Tuvieron dos hijas, Denise (1929) y Élisabeth (1937). Desde ese momento, Némirovsky reanudó su trabajo de escritora, bien pertrechada de las lecturas de autores franceses del siglo anterior: Balzac, con quien su primer editor la comparó, Flaubert, Maupassant, Stendhal; y de los inicios de su siglo: Marcel Proust, André Maurois o Paul Morand, que en esos años despegó como estrella entre los escritores jóvenes. Y de autores rusos, de manera especial Antón Chéjov, sobre el que escribió una biografía aparecida póstumamente en 1946: *La vida de Chéjov*.

Con esta preparación, Némirovsky se lanzó a la narrativa y en tres años, de 1926 a 1929, publicó cuatro novelas: *El malentendido*, *Un niño prodigio*, *La enemiga* y, por fin, *David Golder* en ese último año, que la crítica acogió con tal entusiasmo que convirtió a su autora en primera figura literaria. Calificada como «obra maestra», la crítica quedó sorprendida por la dureza de su narración contra la inmoralidad del mundo del dinero y los vicios que origina.

*David Golder* fue pronto traducida a una decena de lenguas, y llevada al teatro por Harry Baur (1880-1943) sin ningún éxito; consiguió destacar en las pantallas cinematográficas en 1931

gracias a la adaptación que hizo Julien Duvivier (1896-1967) para su primera película hablada,<sup>3</sup> y en 1940 en adaptación libre por el director británico Gregory Ratoff con el título *My Daughter*. La novela tiene por referente el entorno financiero de Leonid Némirovsky, que deja en ella rasgos de su propia vida y carácter, además de pintar en el personaje de Joyce, la hija mimada del especulador financiero del título, trazos de la juventud alegre y confiada de la propia Irène. Al describir esos ambientes con todo realismo y a partir de sus propias observaciones de los medios hebraicos en los que vivía, Némirovsky refleja en *David Golder* estereotipos y rasgos físicos y morales atribuidos desde la Edad Media a los judíos: rostros afilados, larga nariz, barba dejada en su salvajismo natural, personajes codiciosos, con afán de ganancia, de conducta obsequiosa, rapaces y faltos de cualquier sentido moral. Esos retratos respondían al estereotipo difundido por la novela del siglo XIX —por ejemplo, en *Gobseck*, de Balzac, breve novela que en sus publicaciones periodísticas tuvo antes por títulos *El usurero* y *El ladrón*—; estereotipo que era fácilmente aceptado como tal por el lector de la época, sobre todo teniendo en cuenta que el retrato reflejaba tipos de judíos rusos, no los de la poderosísima Casa Rothschild, con miembros en Francia, Inglaterra, Austria y Nápoles, perfectamente integrada en sus distintas sociedades y con apuestas financieras nacionales.

Esta dura sátira sobre el mundo del dinero encarnada por personajes judíos no supuso a la autora ningún problema: era la realidad que vivía desde la infancia en su propia casa. Balzac había hecho lo mismo arremetiendo contra la ávida burguesía francesa y el mundo del dinero; pero los acontecimientos darán la vuelta a esa visión de Némirovsky: el auge y la victoria del nacionalsocialismo en Alemania, con su política antisemita pronto trasladada a Francia, permitían que la novela sirviese de justificación al antisemitismo. Según sus propias palabras, en *David Golder* trató de expresar el «alma judía», en sus rasgos

3 En ese mismo año se rodó y estrenó la adaptación cinematográfica de *El baile*, por Wilhelm Thiele, con una Danielle Darrieux de 15 años en el papel protagonista de Antoinette

característicos de tenacidad, orgullo y coraje; pero en realidad solo dejó visibles las formas de vida de un medio específico vivido por ella: el de los financieros rusos askenazis que salidos de la pobreza del gueto habían conseguido de repente grandes riquezas, y no de una «raza», como se denominaba en la época a la población de origen hebraico.

No es todo tan fácil. Esa novela nace, según la propia autora, del espectáculo que le ofrecía Biarritz, «de todos esos ociosos, ofuscados y viciosos, de todo ese mundo mezcla de financieros, de banqueros dudosos, de mujeres a la búsqueda de placer y de sensaciones nuevas, de gigolós, de cortesanas, etc.»<sup>4</sup> cita de los biógrafos de Némirovsky, Olivier Philipponnat y Patrick Lienhardt, quienes a continuación hacen una sugerencia para explicar el sentido de la crudeza de la novela: «Es sorprendente que, entre los literatos que acogieron esta novela en 1930, solo Benjamin Crémieux y André Maurois, que eran judíos, supieron captar la profunda moral, en lugar de detenerse en la aparente abyección de los personajes, todos bajo el imperio de un cóctel de pecados. “Se piensa en ciertas frases de Proust sobre la vejez de Swann que, también él, al acercarse la muerte, volvía al nihilismo del *Eclesiastés*”», escribirá Maurois.

Este aspecto, la judeidad de *David Golder* y de otras novelas y relatos de la autora, terminará jugando en contra de Némirovsky y se convertirá en el principal reproche que habrá de sufrir la obra de la escritora en su totalidad. Años más tarde, ya con el antisemitismo alemán en el poder, la escritora se dará cuenta de las consecuencias que podía tener en ese momento histórico su visión del ambiente financiero en que, como hija de un banquero, vivía su familia; y de lo que su descripción del mundo judío apoyaba, sin ella quererlo: el nefasto imaginario que desde la Edad Media dominaba las mentes de Europa. A este reproche se le unirá otro, derivado de su experiencia vital: la Revolución de Octubre que obligó a la familia a exiliarse dejará en la narrativa

4 Entrevista en *Les Nouvelles littéraires*, 11 de enero de 1930. Philipponnat & Lienhardt, *La Vie d'Irène Némirovsky*, Denoël, Le Livre de Poche, 2007, pp. 182-183.

de Némirovsky testimonio de lo que vivió, como se ha visto en su relato «Nacimiento de una revolución», que no será el único. Después de la Segunda Guerra Mundial, y la influencia de los partidos comunistas de Europa, y en especial el francés, como contrapeso a la política establecida en suelo europeo tras la derrota de Alemania y el ascendiente cobrado por Estados Unidos, la crítica literaria aceptó el *statu quo* de la política posbélica, y la denuncia de aspectos de la revolución bolchevique no entraba en sus parámetros, aunque, en Francia, por ejemplo, André Gide, pese a su visión de la ideología comunista como una combinación de igualitarismo e individualismo, ya había denunciado cuando, invitado por las autoridades soviéticas, visitó la URSS; su decepción fue enorme ante el control de la información y el culto a Stalin que ve por todas partes: su *Retour de l'URSS* (1936) fue seguido al año siguiente de unos *Retouches à mon retour de l'URSS*, respuesta a las críticas de su primer *Retour*, donde vuelve a denunciar el totalitarismo que pudo apreciar de primera mano en la política soviética. Pero, si en su momento no se hizo caso de las críticas de Gide, acusado enseguida de burgués, traidor y cómplice de los fascistas, menos posibilidades había después de la guerra de fijarse en sus denuncias. La crítica literaria se orientó hacia el análisis de la literatura de impronta realista y de denuncia, dejando de lado toda obra que supusiera una crítica a la influencia soviética en la cultura europea.

No tendrán la misma resonancia sus siguientes novelas, escritas, hasta 1940, a un ritmo aproximado de una al año; esa capacidad de escritura, esa rapidez pareció excesiva a los críticos que achacan defectos de estructura a su narrativa; por ejemplo, a Robert Brasillach (1909-1945), este niño prodigio de las letras francesas, vinculado a la derecha nacionalista de Charles Maurras, que terminaría convirtiéndose en vocero en Francia de la ideología nazi, por lo que fue condenado a muerte tras la Segunda Guerra Mundial. Brasillach, crítico de prestigio y olvidado novelista luego por su ideología, recomendaba a Irène Némirovsky dedicarse al relato breve, no a la narración larga. Fueron

siete las novelas publicadas en los diez años posteriores a *David Golder*, a las que hay que añadir las póstumas *Los fuegos del otoño* (1957), *Calor de sangre*, escrita durante la redacción de *Dos*, novela publicada en 1939; además de una biografía, *La vida de Chéjov* (1946) y, finalmente, *Suite francesa*, publicada en 2004 y estrenada en la pantalla cinematográfica dirigida por Saul Dibb en 2015. Ese manuscrito, recuperado de una maleta que Epstein dejó a sus hijas antes de ser detenido y llevado a Auschwitz, solo contenía dos partes de la serie narrativa pensada para cinco (cinco son los títulos que tenía previstos para el conjunto) con la que Némirovsky pretendía describir la vida en Francia al hilo de la *debâcle* que se vivió a partir de junio de 1940, tras la ocupación del país por las tropas alemanas, remontándose a la Primera Guerra. Quería ser la descripción de la vida de los individuos puestos ante una situación de terror que impulsa a la huida, al exilio, a las traiciones, al colaboracionismo, a conatos de resistencia, etc.; era lo que le interesaba reflejar a la autora. Némirovsky pensaba que la serie, con la pretensión de ser una especie de *Guerra y paz* de su generación, sería su obra maestra; y ha terminado siéndolo, por encima de su inicial éxito de *David Golder*.

Esta escritura que exigía una dedicación ya ímproba se alternó con una constante publicación de cuentos o relatos más o menos breves. Desde la muerte de Leonid Némirovsky, la economía familiar del matrimonio Epstein dependía sobre todo de los ingresos de las colaboraciones de Irène en periódicos y revistas y de los derechos de autor de *David Golder*. Las deudas de Michel Epstein no aportaban mucho a esa economía. Pese a los apuros económicos, los Epstein no renunciaron a sus vacaciones de siempre; por más que su cuenta de autora en su editorial fuera deficitaria en cantidad tan importante como 65 000 francos, ese año de 1938 veraneó en Hendaya, aunque a finales de junio escribía en su diario de trabajo: «Días de angustia, de esa angustia que da el dinero, cuando no se tiene y que sin embargo se sabe que se puede ganar. Un rencor amargo contra la vida».

Año tras año, los relatos y textos de otro tipo (por ejemplo, los *films parlés*) de Irène Némirovsky se acumularon hasta superar el medio centenar entre publicaciones e inéditos. Fueron apareciendo en revistas sin importarle el carácter político que tuvieran, desde *Le Matin* a *La Revue de Paris*, pasando por *Noir et Blanc*, *Le Figaro Littéraire*, *Marie-Claire*, *L'Intransigeant*, *La Revue des Deux Mondes*, etc., llegando incluso hasta *Gringoire*, revista antisemita que, sin embargo, cuando los demás periódicos se negaban a publicar sus relatos, permitió su colaboración incluso hasta 1942, aunque bajo el pseudónimo con el que había publicado *La enemiga* y *El baile* para no ser reconocida por su familia, dada la cruda ironía contra su madre que había en esas narraciones: el de Pierre Nerey (anagrama este de Irène).

La traslación a la política francesa de las leyes raciales alemanas había de suponer el principio del fin para la familia: Irène y Michel Epstein, a quienes se les fue negando desde 1930 la nacionalidad francesa, trataron de conseguirla en noviembre de 1938 y en septiembre del año siguiente una vez más; la solicitaron respaldados por la recomendación de importantes nombres de la cultura, como el presidente de la Sociedad de Escritores. Sin embargo, no la lograron: a Irène ese rechazo le pareció incomprendible porque se sentía francesa desde su infancia. También en 1938 el matrimonio inició contactos para su conversión al cristianismo, práctica habitual en los medios judíos ante el peligro que se avecinaba; el 24 de enero de 1939, ambos y sus dos hijas recibieron el bautismo. Pero las nubes no tardan mucho en convertirse en nubarrones. El vocero ya citado de las ideas nazis en Francia, Robert Brasillach, exigió, en la revista *Je suis partout* que dirige, privar de la nacionalidad francesa «a todo judío, medio-judío, cuarto de judío». Aun así, tres días antes de que las tropas alemanas invadieran Polonia el 1 de septiembre de 1939, y de que dos días más tarde Francia e Inglaterra declarasen la guerra a Alemania, los Epstein pasaban sus vacaciones en Hendaya; rápidamente, pusieron en marcha un sistema de prevención de riesgos enviando a sus dos hijas a Issy-l'Évêque,

en la Borgoña, donde el matrimonio se reuniría con ellas en distintos momentos de 1940 y 1941.

En 1940 el gobierno del mariscal Philippe Pétain firmó el armisticio con las tropas ocupantes, y se fijó una línea de demarcación entre dos zonas del país, la ocupada en el norte y la no ocupada, llamada «Francia libre», en el sur: Issy-l'Évêque se encontraba precisamente en la zona ocupada a la que Michel Epstein se había trasladado tras abandonar su puesto en la Banque des Pays du Nord. Cuando el 3 de octubre se publicó el «Estatuto de los judíos», la suerte de los Epstein estaba echada: además de poder ser internados en «campos especiales», a los judíos se les expulsó de la mayoría de sus trabajos en prensa, enseñanza, espectáculos, etc. Para salvaguardar a sus dos hijas, Irène, instalada parte de 1941 en Issy-l'Évêque, recurre a Julie Dumont, que había estado al servicio de su padre en el pasado: en una carta testamento firmada ante notario le otorga la tutela y la autoriza a publicar la novela que sigue escribiendo, esa *Suite francesa* que terminará publicada ya en el siglo xx gracias a los cuidados de sus hijas. Irène autorizó a Dumont, además, a firmar con su nombre esa novela (*Suite francesa*) y un contrato de autor con el editor Albin Michel para dos nuevas novelas.

Las primeras consecuencias de la ocupación alemana no se hicieron esperar para Némirovsky: su contrato para publicar *Los bienes de este mundo* es roto en octubre por el editor Fayard, aunque los Films Gibé le proponen casi a la vez adaptar esa novela al cine. En ese mismo mes, comenzó a pensar en una novela que describiera sucesos reales ocurridos a partir de junio de 1940, fecha de la invasión alemana: es el núcleo original de *Suite francesa*, una crónica de la vida y de la historia entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Será, según confesión propia, «la obra de su vida», que tendrá por tema la «lucha entre el destino individual y el destino comunitario».

A partir de la imposición de las leyes raciales en la vida de Francia, Némirovsky vio rechazados algunos relatos en las revistas en las que solía escribir; los que consiguió publicar

los firmó con distintos pseudónimos obligada por esas leyes: a finales de diciembre, utilizó su antiguo pseudónimo de Pierre Nerey para «Destinos», relato que aparece en *Gringoire*, revista antisemita como ya se ha dicho. El director de esta revista no dudó en publicar en 1941 hasta cinco relatos de la autora: «La confidente», «El hombre de bien», «Los espectros» (como Pierre Nerey), «El desconocido» y, en folletón, la novela *Los bienes de este mundo* (estos dos últimos títulos firmados «por una mujer joven»). También fue *Gringoire* la que publicó «El incendio» en 1942 con su habitual nombre de Pierre Nerey; y en la revista *Présent* apareció el 15 de julio de ese año, con el pseudónimo de Denise Mérande, el último relato publicado antes de que Irène Némirovsky sea detenida.

Antes, en 1942, los Epstein y su hija mayor se vieron obligados a llevar una estrella judía de color amarillo, mientras en París se planificaba (por Adolf Eichmann y otros) el viaje de convoyes de millares de judíos hacia Auschwitz; quedó prohibida también la venta de todos los libros de autores judíos. Las señales del futuro están tan claras para Irène que no dudó en escribir en carta a su editor y amigo André Sabatier, a quien dejó sus manuscritos últimos, entre ellos la novela *Calor de sangre*, inédita hasta 2007: «He escrito mucho estos últimos tiempos: supongo que serán obras póstumas, pero esto siempre ayuda a pasar el tiempo». El 13 de julio de 1942, dos días después de esa carta a Sabatier, Irène Némirovsky fue arrestada, de acuerdo con las órdenes emanadas por las tropas ocupantes, por «judía apátrida». Fue llevada al campo de internamiento de Pithiviers (Loira), y no tardó en ser trasferida el 17 de julio a Auschwitz-Birkenau, donde murió de tifus el 19 de agosto. Solo mes y medio tardó en verse sometido al mismo destino Michel Epstein; arrestado el 9 de octubre y enviado a Auschwitz el 6 de noviembre, fue gaseado junto con todo su convoy a su llegada a ese campo de exterminio. En el último momento de libertad había conseguido salvar a sus hijas gracias a Julie Dumont, a quien había dado plenos poderes de tutela.



Dieciséis novelas y medio centenar de relatos, además de tres *nouvelles* (*Un niño prodigio*, *El baile*, *Las moscas de otoño*), de la biografía de Chéjov y de guiones previstos por la autora para el cine, configuran la totalidad de la obra escrita entre 1921 y 1942 por Irène Némirovsky. En ese primer año, un breve esbozo teatral rayano en el absurdo, con Nonoche como protagonista, abre la bibliografía de la autora, que hará tres esbozos más con Nonoche como protagonista, y que quedaron inéditos. Cinco años más tarde, *El malentendido* inicia su obra narrativa en forma de novela, alternándola con cuentos que, en principio, trabajan sobre los mismos temas y caracteres psicológicos de las narraciones largas: el odio a la madre, por ejemplo, presente en *La enemiga*, novela de 1928, seguida al año siguiente por *El baile*, una *nouvelle* que utiliza la ironía para mostrar el desprecio materno. En *Las moscas de otoño*, otra *nouvelle* escrita mientras redactaba *David Golder*, se vuelve hacia un personaje de su infancia, Tatiana, sirvienta de sus padres, que, trasladada al exilio parisino, siente que le falta el aire y el frío de su tierra natal y se suicida.

Algunos críticos ya habían observado en *David Golder* la influencia del cine, del sistema de punto de vista de las escenas cinematográficas. Némirovsky no solo acepta esa influencia, sino que se manifestará partidaria de asumir que «el cine es el arte que más se acerca a la vida, que tiene más parentesco con la verdad», declarará durante una entrevista en junio de 1931; un mes antes, en otra entrevista manifestaba: «Actualmente [...] pienso sobre temas para nuevas películas, porque, como siempre, pienso en imágenes». Es en el periodo inmediatamente posterior, entre 1931 y 1932, cuando no tiene ninguna novela en el bastidor, cuando escribe tres guiones cinematográficos que quedarán inéditos, *La sinfonía de París*, *Navidad* y *Carnaval*. Enviados los dos primeros a los productores de su *David Golder*, estos intentos cinematográficos no tuvieron aceptación ni continuación, salvo en el caso de sus *Films parlés*, recogidos en la serie «Renaissance de la nouvelle» (1934) de Gallimard, dirigida por Paul Morand. Son cuatro los textos así calificados: *Film hablado*,

*La comedia burguesa*, *Ida* y *Los vapores del vino*. Uno de ellos emparenta con la anterior tentativa porque *La comedia burguesa* fue depositada, igual que los tres citados como guiones cinematográficos, en la Asociación de Autores de Films en aquel mismo periodo, en 1932. Se trata de guiones en los que abundan los recursos utilizados por el cine: *flashbacks*, imágenes poderosas, referencias ópticas traídas de forma oportuna o inoportuna, etc. «En ese tiempo estaba muy interesada en el cine, y todo lo que escribía se resentía de ello. Creo que tiene usted razón (en carta dirigida a René Lalou, 5 de marzo de 1935) y que no es necesario mezclar los dos géneros, pero también creo que no hay que temer las experiencias incluso si no son muy logradas». Estos «films hablados» serán su último acercamiento declarado al cine, aunque en toda su obra posterior, incluida *Suite francesa*, utilice los procedimientos del séptimo arte.

A partir de 1933, con su padre recién muerto, Irène Némirovsky, de treinta años cumplidos, parece cambiar su eje temático, y hace desaparecer durante tres años o permite apariciones muy someras a los personajes que hasta esa época primaban en su obra: los judíos y los rusos. Se trata de presentar situaciones parisinas de diferencias de clase dominadas por la melancolía del pasado («Una comida en septiembre»), o por la presencia de la muerte y el nacimiento de la vida («Natividad»). En «Domingo» volverá a plantearse la relación madre-hija entre la burguesía de los salones parisinos que Irène frecuentó tras su éxito de *David Golder*, y que, bajo otra forma —una sirvienta joven y su ama que ve su cuerpo amenazado por el paso de los años—, se impondrá en «Las orillas felices». «Eco» tendrá por protagonista a un escritor que trata de revisar su infancia, y en el que hay mucho de autorretrato de la autora. Pero esa tensión de la edad, que Némirovsky vio obsesionar la vida de su madre, volverá en relatos de 1935-1936, junto con su inevitable secuela: el miedo a la muerte, por ejemplo en «Día de verano», «El principio y el fin» y «Un amor en peligro»; en este último, la distintas situaciones amorosas de los dos protagonistas los distancian irremisiblemente cuando tal vez en otro momento del pasado los hubieran reunido.